

nera un establecimiento de utilidad pública cuya guarda le está confiada.

Volvió hacia allí, buscando la causa del cierre, husmeando y vió al cabo un cartelón pegado á la puerta. Encendió una cerilla y leyó: "*Cerrado por una primera comunión.*„

Se alejó, comprendiendo que no tenía remedio su desdicha.

El borracho dormía tendido cuán largo era junto á la puerta inhospitalaria.

Al día siguiente todos los parroquianos hallaron medio de pasar por la calleja, llevando un fajo de papeles bajo el brazo para fingir que les obligaba un asunto urgente á pasar por allí y una ojeada furtiva les bastaba para leer el cartel misterioso: "*Cerrado por una primera comunión.*„

II

La *Señora* tenía un hermano carpintero en su país natal, Virville, en el Eure. Cuando aun era fondista en Ivetot la *Señora* fué madrina de una hija de su hermano, á la que puso el nombre de Constancia, Constancia Rivet. El carpintero, que sabía que su hermana había hecho fortuna, no la olvidaba por más que sólo se veían de tarde en tarde, ya que ambos se debían por entero á sus respectivas ocupaciones. Como su hija iba á cumplir doce años y aquel año haría su primera comunión, escribió á su hermana diciendo que contaba con ella para la ceremonia, aprovechando la ocasión para estrechar sus relaciones. Sus padres habían muerto y la *Señora* no podía rehusar aquel servicio á su ahijada. Aceptó, pues. Su hermano, que se llamaba José, esperaba que á fuerza de atenciones, quizás se decidiera á testar en favor de la niña, ya que ella no tenía hijos.

La profesión de su hermana no le empachaba lo

más mínimo y, por otra parte, no sabían nada de ello en la comarca. Decían de ella: "La señora Teller es una burguesa de Fecamp", lo cual hacía suponer que tenía rentas. De Fecamp á Virville hay veinte leguas por lo menos y veinte leguas de tierra son para un labriego un viaje mucho más difícil que la travesía del Oceano para un hombre civilizado. Los de Virville no pasaban de Ruan y los de Fecamp no iban nunca á Virville, pueblo sin importancia, que no era tan sólo del mismo departamento. En fin, que nada sabían.

Pero al aproximarse la época de la primera comunión, la *Señora* topó con una dificultad. No tenía segunda ama y no quería dejar abandonada su casa ni aun durante veinticuatro horas. Las rivalidades entre las chicas de arriba y las del café estallarían sin duda alguna; Federico se emborracharía y cuando había bebido aporreaba brutalmente á cualquiera. Decidió llevarse á todas sus pupilas y dar un día de libertad al camarero.

Consultado el hermano, no opuso reparo alguno y se encargó de alojar á todas las mujeres por una noche. Así pues, el sábado el tren expreso de las ocho se llevó á la *Señora* y á sus pupilas, instaladas en un vagón de segunda clase.

Hasta Benzeville estuvieron solas y charlaron como cotorras. Pero en esta población subió al tren una pareja campesina. El hombre llevaba una blusa azul con cuello fruncido y mangas anchas ajustadas á las muñecas; cubría su cabeza un sombrero de copa alta de forma antigua, cuyo pelo rojizo parecía

erizado y llevaba en una mano un inmenso paraguas colorado y en la otra una cesta de la que salían las cabezas despavoridas de tres patos. La aldeana, muy tiesa dentro de su vestido dominguero, tenía cara de gallina y una nariz muy puntiaguda. Se sentó frente de su marido y se quedó inmóvil, como deslumbrada de estar entre gente que tan principal se le antojaba.

Efectivamente, los trajes de las pupilas y de la *Señora* eran chillones á más no poder. La *Señora* llevaba un vestido azul y un chal de cachemira de un color rojo subido, que deslumbraba. Fernanda se ahogaba dentro de un vestido escocés, cuyo cuerpo, abotonado á duras penas por sus compañeras, levantaba su pecho flácido formando dos promontorios que, según lo que se agitaban, antes parecían líquidos que sólidos.

Rafaela llevaba un sombrero de plumas que figuraba un nido lleno de pájaros y un vestido color de lila con arabescos dorados que recordaba las estrofas orientales, que casaban bien con el carácter de su fisonomía. Rosa la Tarambana ostentaba una falda del color de su nombre con anchos faralaes, y parecía una niña gordiflona, una enana obesa, y las dos Bombas parecían haberse cortado los vestidos de uno de esos cortinajes rameados que estaban en moda á principios del siglo.

Desde que no estuvieron solas en el vagón, las muchachas adoptaron un continente severo y hablaron de cosas serias para que se formara buena opinión de ellas. Pero en Bolbec subió al compartimen-

to un caballero que usaba patillas rubias, sortijas y gruesa cadena de reloj. Puso en la red una porción de paquetes envueltos en encerado negro. Parecía bromista y muy llanote. Saludó, sonrió y preguntó con desparpajo:

—Estas señoras parece que cambian de guarnición.

Aquellas palabras turbaron á todas las mozas. La *Señora* puso cara seria y contestó secamente:

—Podría usted ser más cortés.

El recién llegado se excusó:

—Dispense usted; quise decir de convento.

La *Señora*, ó porque no supo qué contestar ó porque juzgara suficiente la admonición, saludó y no chistó.

Entonces el de las patillas, que estaba sentado entre Rosa la Tarambana y el aldeano, empezó á guiñar los ojos á los patos, cuyas cabezas salían de la cesta. Luego, cuando comprendió que sus compañeras de viaje le miraban, empezó á hacer cosquillas á los patos bajo el pico, hablándoles en broma para entretener á los demás.

—¡Hemos dejado el estanque, cuac, cuac, cuac, para trabar confianza con el asador, cuac, cuac, cuac!

Los desdichados animalitos volvían la cabeza para evitar aquellas caricias y hacían esfuerzos para salir de su cárcel de mimbre; luego, de pronto, los tres lanzaron un lamentable grito de angustia: ¡Cuac! ¡Cuac! ¡Cuac!

Entonces hubo una explosión de carcajadas entre

las pupilas de la casa Tellier. Se empujaban, se apartaban unas á otras para ver; todas se interesaban por los patos, y el viajero redoblaba sus gracias y diabluras.

Rosa no pudo contenerse é inclinándose sobre las piernas de su vecino, besó á los animalitos en el cuello. Todas las otras quisieron besarlos á su vez y el viajero sentaba á las chicas sobre sus rodillas, las hacía saltar, las pellizcaba, y de repente las tuteó.

Los dos labriegos, más atortolados aún que sus aves, miraban con ojos despavoridos, sin atreverse á hacer un movimiento y en sus rostros arrugados no se observaba el más leve estremecimiento.

Entonces el bromista, que era un viajante de comercio, ofreció por broma unos tirantes á cada una de las señoras, y tomando uno de los paquetes, lo abrió. El paquete contenía ligas.

Las había de seda de todos los colores, con broches de metal formados por dos amorcillos enlazados y dorados. Las mozas lanzaron exclamaciones de alegría y luego examinaron las muestras con la seriedad que tienen todas las mujeres si llegan á sus manos cintajos ó cualquier cachivache que les guste. Se consultaban con la mirada, cuchicheaban entre sí, y la *Señora* manoseaba con envidia un par de ligas amarillas, más anchas que las demás: verdaderas ligas de ama.

El viajante esperaba y se le había puesto una idea entre ceja y ceja.

—Ea, gatitas mías, hay que probarlas.

Hubo una tempestad de exclamaciones y todas

apretaban las sayas entre las piernas, como si temieran que se les hiciese violencia. El viajante esperaba con gran sosiego. De pronto declaró:

—Ya que no les gustan, las guardo.

Y añadió con gran finura:

—Regalo un par, á elegir, á la que las pruebe.

Pero ninguna quería y adoptaron un continente digno. Las dos Bombas parecían tan consternadas que renovó su proposición. Flora la Oca, poseída de un deseo vehemente, vacilaba.

El viajante la tentó:

—Ea, atrévete, muchacha, toma este par lilas que irán perfectamente.

La chica se decidió. Levantóse las sayas y mostró una pierna gruesa y mal formada embutida dentro de una media que no brillaba por su finura; y el picaro le hacía cosquillas para hacer chillar á la chica. Al acabar le dió el par escogido y preguntó:

—¿Quién quiere otras?

—¡Yo, yo, yo!—gritaron todas á una.

Empezó por Rosa la Tarambana, que mostró una cosa informe, un verdadero embutido de pierna, sin tobillo. Fernanda mereció los cumplidos del viajante, á quien entusiasmaron sus poderosas columnas. Las entecas tibias de la hermosa judía no obtuvieron tanto éxito. Luisa Cocote cubrió por broma la cabeza del viajante con sus sayas y tuvo que intervenir la *Señora* para hacer cesar aquella broma inconveniente. Por fin la misma *Señora* mostró su pierna robusta y bien formada, y el viajante, sorprendido y encantado, se quitó el sombrero para sa-

ludar aquella hermosa pantorrilla, á fuer de caballero francés.

Los dos aldeanos, cada vez más estupefactos, miraban de reojo aquella escena, y de tal manera se parecían á un par de gallinas ó pollos, que el viajante, al levantarse, prorrumpió en un formidable “ki-ki-ri-ki”, que hizo reír á todas las muchachas.

Bajaron los labriegos en Motteville, con su cesta, sus patos y sus paraguas, y la mujer dijo á su marido al alejarse:

—Son unas cuantas perdidas que van á ese maldito París.

El viajante bromista bajó en Ruan después de mostrarse tan grosero que la *Señora* se vió obligada á reñirle de firme. Y añadió á guisa de moraleja: “Esto nos enseñará á ser más prudentes.”

En Oissel cambiaron de tren y en una de las estaciones hallaron á José Rivet que las esperaba con un gran carro lleno de sillas, tirado por un caballo blanco.

El carpintero besó cortesmente á su hermana y á las muchachas y las ayudó á subir al carro. Tres se sentaron en las sillas de detrás, y Rafaela, la *Señora* y José en las delanteras. Rosa se acomodó como pudo sentándose en las rodillas de Fernanda. El carro se puso en camino. Pero el trote del caballejo sacudió de tal modo el carro que las sillas empezaron á bailar, lanzando á las viajeras de un lado para otro. Chillaban asustadas y callaban al sentir una sacudida más fuerte. Se agarraban á las barandillas, los sombreros se les caían hacia atrás, sobre

las narices, á un lado, y el caballejo andaba indiferente, alargando el cuello, con el rabo sin pelo muy tieso, con el que de cuando en cuando se azotaba las ancas. José Rivet, con una pierna encogida y la otra estirada sobre una de las varas, mantenía las riendas muy altas y de su boca se escapaba de continuo una especie de silbido que hacía enderezar las orejas del caballo y aceleraba su marcha.

A ambos lados del camino se extendía la verde campiña. Las colzas en flor formaban de trecho en trecho amarillentas manchas, de las que se escapaba un olor fuerte y sano, penetrante y agradable, que el viento llevaba á lo lejos. Entre el centeno ya alto asomaban los acianos sus cabecitas azules. Las muchachas querían cogerlos, pero Rivet se negó á detenerse. A veces se veía un campo que parecía regado con sangre por las muchas amapolas que lo esmaltaban. Y por entre aquellas llanuras adornadas por flores silvestres, pasaba el carro que parecía llevar también un ramillete de flores más chillonas, desaparecía detrás de los árboles de una granja, para reaparecer más allá y pasear á través de las cosechas amarillas ó verdes bordadas de azul ó de rojo, aquella carretada de mujeres que el sol requetaba.

Daba la una de la tarde cuando se llegó á la casa del carpintero.

Estaban rendidas de fatiga y pálidas de hambre, pues nada comieron desde Fecamp. La señora Rivet acudió, las hizo bajar una tras otra, besándolas á medida que bajaban, y no se hartaba de besar á su

cuñada, á la que quería agradar. Comieron en el taller, desembarazado ya de los bancos para la comida del día siguiente.

Una buena tortilla después de un pescado asado y unos vasos de sidra picante, pusieron de buen humor á todos. Rivet había tomado un vaso para brindar y su mujer servía, guisaba, quitaba los platos y preguntaba al oído de las invitadas: "¿Quiere usted más?". Unos rimeros de tablas apoyadas en la pared y montones de virutas arrinconadas, esparcían ese olor de madera cepillada, de sana resina que penetra hasta el fondo de los pulmones.

Preguntaron por la niña; estaba en la iglesia y vendría al anochecer.

Entonces salieron todos á dar una vuelta por el pueblo.

Era una aldea atravesada por una carretera. Una docena de casas alineadas junto á ella albergaban á los comerciantes del lugar, es decir, el carnicero, la tienda de ultramarinos, el carpintero, el panadero, el café, la zapatería. La iglesia, al extremo de aquella especie de calle, estaba en el centro de un cementerio y cuatro tilos frondosísimos, plantados en su atrio, le daban sombra. Era de piedra de talla, sin estilo arquitectónico, con un campanario de pizarra. Detrás de la iglesia empezaba de nuevo el campo que ostentaba de trecho en trecho grupos de árboles que ocultaban á las granjas.

Rivet, por etiqueta, aun cuando llevaba el traje de trabajo, había tomado el brazo de su hermana, á la que paseaba majestuosamente. Su mujer, deslumbrada

da por el vestido de Rafaela, se había colocado entre ella y Fernanda, y la gordiflona Rosa cerraba la marcha en compañía de Luisa y Flora la Oca, que cojeaba y no podía con su cuerpo.

Los vecinos salían á las puertas, los muchachos paraban en sus juegos; detrás de la cortina de una ventana se veía una cofia de indiana; una vieja con muletas y casi ciega se santiguó como si pasara una procesión, y todos seguían con la vista á las hermosas señoras de la ciudad, que habían ido al pueblo para asistir á la primera comunión de la hija de Rivet. Una consideración inmensa resultaba de todo ello para el carpintero.

Pasando por delante de la iglesia oyeron cantos de niños; un cántico elevado al cielo por voceillas agudas; pero la *Señora* no quiso entrar en el templo para no turbar á aquellos querubines.

Después de darse una vuelta por el campo y de haber explicado el número y los rendimientos de las principales propiedades de la comarca, así como el número de rebaños que poseía cada propietario, Rivet volvió á su casa é instaló á las mujeres en sus respectivas habitaciones.

No era la casa muy anchurosa y hubo que aprovechar los cuartos poniendo dos mujeres en cada uno.

Rivet dormiría en el taller, sobre los montones de virutas, su mujer compartiría la cama con su cuñada y en la habitación del lado descansarían juntas Rafaela y Fernanda. Luisa y Flora dormirían en la cocina sobre un colchón puesto en el duro suelo, y Rosa ocupaba un cuartito obscuro al final de la es-

calera, á la entrada de un desván donde aquella noche dormiría la niña de la casa.

Cuando entró la niña cayó una lluvia de besos sobre ella; todas las mujeres querían acariciarla movidas de aquella necesidad de tiernas expansiones, de aquella costumbre de arrumacos que hizo que en el vagón besaran todas á los patos. Todas se la sentaron en las rodillas y la estrecharon entre sus brazos con impulsos de afección vehemente y espontánea. La niña, prudente y como penetrada de piedad y preparada para la absolución, se dejaba querer, paciente y recogida.

Como el día fué pesado para todos, se acostaron temprano. El silencio casi religioso de los campos envolvía la aldea, un silencio tranquilo, penetrante, que parecía llegar hasta la región de los astros. Las mozas, acostumbradas á las veladas tumultuosas de la mancebía, sentíanse conmovidas por aquel mudo reposo de la dormida campiña. Sentían estremecimientos no de frío, sino producidos por la soledad y que provenían del corazón inquieto y turbado.

Tan pronto como estuvieron en la cama se abrazaron para reaccionar contra aquel profundo sueño de la tierra.

Pero Rosa la Tarambana, sola en su cuarto obscuro y poco acostumbrada á dormir sola, se sintió presa de una emoción vaga y penosa. Daba vueltas á la cama sin conseguir dormirse, cuando de pronto oyó detrás del tabique de madera, débiles sollozos como los de un niño que llora. Asustada llamó en voz baja

y una vocecita le contestó. Era la niña que, durmiendo todos los días en el cuarto de su madre, tenía miedo en la buhardilla.

Rosa se levantó muy contenta y á paso de lobo para no despertar á nadie, fué á buscar á la niña. La llevó á su cama, la estrechó á su pecho, la besó, la acarició y luego, tranquila del todo, se durmió. Y hasta el amanecer la muchacha que iba á comulgar durmió sobre el seno desnudo de la prostituta.

A las cinco, después del *Angelus*, la campana de la iglesia, repicando alegremente, despertó á todas aquellas mujeres que habitualmente dormían hasta mediodía para descansar de las fatigas nocturnas. Los aldeanos estaban ya en pie.

Las mujeres iban muy atareadas de puerta en puerta, hablando, comentando, llevando con precaución trajes de musolina blancos y almidonados, cirios larguísimos con un lazo de seda azul y dorada. El sol, ya alto, fulguraba en un cielo azul que, en el horizonte tenía aún ligeros matices resados. Las gallinas y los pollos y polluelos paseaban por delante de las casas y de vez en cuando un gallo negro, coronado de púrpura, batía las alas y lanzaba á los aires su canto victorioso, que repetían los demás gallos.

Carros y birlochos llegaban de las aldeas vecinas dejando á las puertas de las casas á las altas normandas vestidas de negro ó de color obscuro, con un pañuelo al cuello, prendido por un broche de plata secular. Los hombres llevaban la blusa azul sobre

la levita nueva y sobre el viejo frac de paño verde cuyos faldones sobresalían.

Cuando los caballos estuvieron en el establo hubo en toda la carretera una doble línea de carricoches, birlochos, charabanes, tilburis de todas clases y formas con las varas al suelo ó mirando á lo alto.

En casa del carpintero reinaba una actividad de colmena. Las mozas en corpiño y enaguas, con el pelo tendido por la espalda, se ocupaban en vestir á la niña.

Esta, de pie en una mesa, no se movía, y la señora Tellier dirigía las operaciones de su batallón volante. La lavaron, peinaron, arreglaron, vistieron y con ayuda de innumerables alfileres compusieron los pliegos del vestido, ajustaron el talle, demasiado ancho, y organizaron la elegancia del tocado. Luego cuando acabaron, hicieron sentar á la chiquilla, recomendándole que no se moviera.

La campana tañía de nuevo y su sonido se perdía á través del espacio, como una voz débil ahogada en la azul inmensidad.

Las niñas salían de las casas, se dirigían hacia la alcaldía que contenía además las dos escuelas, situada á un extremo del pueblo, en el opuesto de la "casa de Dios."

Los padres, con los trapitos de cristianar, seguían á sus vástagos con caras como atontadas y con aquella torpeza de ademanes que caracteriza á los que se pasan la vida inclinados sobre la fecunda tierra. Las niñas parecían anegadas en una nube de tul blanquísimo, y los muchachos, semejantes á

embriones de camareros de café, con la cabeza llena de pomada, andaban con las piernas separadas para no echar á perder sus pantalones negros.

Era una gloria para una familia que su hijo fuera rodeado de gran número de parientes venidos de muy lejos, y el triunfo del carpintero fué completo. El regimiento Tellier, con su ama á la cabeza, seguía á Constanca, y el padre daba el brazo á su hermana y la madre iba al lado de Rafaela. Fernanda hacía de pareja á Rosa y las dos Bombas seguían detrás, formando un conjunto imponente y muy elegante á juicio de los aldeanos.

El efecto producido fué enorme.

En la escuela las niñas se alinearon bajo la cofia de la "hermana,, los muchachos bajo el sombrero del maestro, un buen mozo que era muy decorativo, y emprendieron la marcha entonando un cántico.

Los niños marchaban en doble fila, seguíanles las niñas en igual orden y como todos los aldeanos cedieron el sitio á las señoras de la ciudad por imaginar que así lo requería la etiqueta, iban éstas detrás de las niñas, prolongando la procesión, tres á la derecha y tres á la izquierda, luciendo sus vestidos, que parecían un ramillete de fuegos artificiales.

Su entrada en la iglesia enloqueció á las gentes. Se empujaban, se estrujaban para ver. Las devotas hablaban casi en voz alta, estupefactas de ver aquellas señoras más relucientes aun que las casullas de los chantres. El alcalde ofreció su banco, el primero á la derecha del coro, y la señora Tellier tomó asiento en él con su cuñada, Fernanda y Rafaela.

Rosa la Tarambana y las dos Bombas se sentaron en el segundo en compañía del carpintero.

El coro estaba lleno de niños arrodillados, los varones á la derecha y las hembras á la izquierda, y los largos cirios que tenían en las manos parecían lanzas inclinadas en todos sentidos.

Tres curas cantaban ante el libro de coro á toda voz. Prolongaban las sílabas del latín sonoro, eternizando los *Amen* con *a-a* indefinidas que el serpentón sostenía con su nota monótona. La voz aguda de un niño contestaba y de cuando en cuando un cura sentado en uno de los sillones, y cubierto con un bonete cuadrado se levantaba, mascullaba unas palabras y volvía á sentarse, mientras los tres chantres volvían á su canto mirando el libro del canto llano que sostenía un facistol en forma de águila con las alas desplegadas.

Reinó luego un gran silencio. Todos los asistentes se arrodillaron á una. Había llegado el oficiante, viejo, cánoso, de aspecto venerable, inclinado sobre el cáliz, que llevaba con la izquierda. Ante él iban dos monaguillos vestidos de encarnado, y detrás seguían muchos chantres con grandes zapatos que se alinearon á los dos lados del coro.

Resonó una campanilla. El oficio divino empezó. El sacerdote circulaba lentamente ante el dorado tabernáculo, hacía genuflexiones, salmodiaba con su voz cascada, temblorosa, los rezos preparatorios. Tan pronto como callaba los chantres y el serpentón estallaban á un tiempo, y también en la iglesia con-